

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
LUMEN GENTIUM
SOBRE LA IGLESIA

CUADERNO 20



CUADERNO 20
LOS LAICOS
(LG 30-38)

MIMMO MUOLO

INTRODUCCIÓN

No puedo recordar ese día, como tampoco los de mi generación. Apenas habíamos nacido o éramos muy pequeños. Solo ahora nos damos cuenta de que el 21 de diciembre de 1964, el día en el que veía la luz *Lumen gentium*, la constitución dogmática sobre la Iglesia, elaborada por los obispos de todo el mundo reunidos en Concilio con el papa Pablo VI, fue para nosotros como una especie de señal de tráfico. Apuntando en la dirección que tomaría nuestra vida de laicos en nuestra infancia, adolescencia y, por último, en nuestra edad de adultos.

Para entendernos, la *Lumen gentium* es el documento donde se presenta la Iglesia como pueblo de Dios en comunión. Un texto que habla de la evangelización, la vocación universal a la santidad y presenta los distintos componentes de este pueblo en camino, del papa a los obispos, de los sacerdotes a los consagrados y consagradas, hasta llegar a nosotros: los laicos, es decir, para usar la misma definición contenida en el capítulo IV de esta constitución, «todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido en la Iglesia».

Somos nosotros, los hombres y mujeres bautizados. Somos los que vivimos en el mundo, tenemos una familia, traemos hijos al mundo y trabajamos en los diversos sectores económicos de la vida. En definitiva, somos todos los que están llamados a hacer presente el evangelio y la Iglesia en los ambientes de la existencia humana. Y que hacen esto en virtud de su propio bautismo.

Resulta normal y se da por descontado hablar hoy de vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, como hace en efecto el capítulo IV de la *Lumen gentium*. Sobre todo para nosotros, que hemos nacido con el Concilio y siempre hemos vivido a la luz de sus grandes enseñanzas, es del todo natural creer en una Iglesia que recibe de esa etapa sus rasgos somáticos. Una Iglesia en salida, como diría el papa Francisco.

Pero, con la distancia de muchos decenios, es bueno también reconocer que fue una revolución y que el Concilio Vaticano II sigue teniendo una actualidad que perdura, como dan testimonio los laicos llamados a ser protagonistas de la vida de la Iglesia y del anuncio del evangelio en el mundo.

Se percibe con claridad la profecía del Concilio en cuanto nos ponemos a considerar el panorama actual de la fe. No se puede esconder detrás de un dedo. Desde los años 60 y 70 del siglo pasado, el mundo ha venido experimentando una creciente y preocupante secularización solo en parte compensada por el florecimiento registrado en jóvenes continentes como África (mientras en Asia hay aún muchas partes por evangelizar). El Occidente en particular ha sido testigo de una disminución de todos los parámetros de la práctica religiosa, partiendo del número de vocaciones al sacerdocio y a la consagración especial. El gran impulso misionero que era dado en otras épocas sobre todo por sacerdotes, frailes y monjas, se ha debilitado también como consecuencia de la falta de «personal», por decirlo de algún modo. La fe cristiana —también como consecuencia de haberse ido imponiendo eslóganes discutibles del tipo «Cristo sí, la Iglesia no»— corre el riesgo de ser empujada a la esfera privada de las conciencias y de que ya no tenga relevancia en el debate público. Por eso es siempre necesaria la acción evangelizadora de los laicos que, por lo demás, el magisterio está impulsando de manera poderosa, los papas en primer lugar.

Pienso en san Pablo VI con *Evangelii nuntiandi*, en san Juan Pablo II con *Christifideles laici*, en Benedicto XVI con el Año de la Fe y en el papa Francisco con su incesante invitación a una Iglesia no autorreferencial y desprovista de cualquier forma de clericalismo. También los 33 días del beato Juan Pablo I fueron un poderoso estímulo para todos nosotros. Nos toca hacerlo

nuestro y mostrar al mundo una Iglesia alegre, de rostro materno y acogedor.

Pero todo parte del Concilio Vaticano II. De esa asamblea imponente que transformó la nave central de la basílica de San Pedro en una asamblea del Espíritu, en un corazón vibrante para decir al mundo que Dios ama realmente a los hombres y mujeres sin ninguna excepción o exclusión, que la Iglesia quiere ser amiga de esta humanidad, no quiere ser juez, sino madre antes aun que maestra; y cuando sea maestra, serlo como una madre.

Por lo tanto, el Concilio nos ha enseñado a participar activamente en la vida de la Iglesia y a ser corresponsables del anuncio del evangelio. Cada uno según su estado, evidentemente, según sus competencias, pero en la óptica paulina de un cuerpo con muchos miembros. Lo recuerda también nuestro capítulo con la precisa cita de la Carta a los Romanos 12,4-5: «Pues, así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros cumplen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada cual existe en relación con los otros miembros». Una cita que constituye una especie de entrada, un vestíbulo desde el que se dividen luego los pasillos que llevan a las habitaciones, es decir, a las formas de apostolado de los laicos que, aun siendo uno, se puede explicar de diversas maneras y en diversos ambientes. En esta introducción diseñaremos por ello un mapa de máximos para luego profundizar en todo progresivamente.

Si la Iglesia es un cuerpo del que los laicos son solo algunos de sus miembros, el primer discurso que hay que abordar es el de la necesaria relación con el resto de los miembros, en la práctica, con los pastores. En los años del posconcilio se debatió mucho, a veces también demasiado. La *Lumen gentium*, en los párrafos que estamos examinando, nos recuerda que «la diferencia que estableció el Señor entre los ministros sagrados y el resto del pueblo de Dios lleva consigo la *unión*, pues los pastores y los demás fieles están unidos entre sí porque se necesitan mutuamente. Los pastores de la Iglesia, a ejemplo de su Señor, deben estar al servicio los unos de los otros y al servicio de los demás fieles. Estos, por su parte, han de colaborar con entusiasmo con los maestros y los pastores». Volveremos sobre ello. De momen-

to, basta con poner el énfasis en esa palabra —*unión*— escrita en cursiva a propósito. Significa reciprocidad, interconexión, unidad de intenciones incluso en la diversidad de las funciones. Los miembros están sustancialmente entre ellos precisamente según las relaciones que regulan la acción de un cuerpo. Sin pretender que unos actúen descuidando a los otros.

El **segundo punto firme** es que el Concilio designa dos grandes ámbitos para el apostolado de los laicos: dentro de la Iglesia y en el mundo. Para la acción en la Iglesia, el párrafo 37 aporta una doble indicación. Por un lado, dice que los laicos tienen la facultad, incluso a veces el deber, de poner sus competencias específicas al servicio de la Iglesia. Y, por otro lado, que los pastores están llamados a servirse de sus «prudentes consejos y encargarles con confianza algunas tareas al servicio de la Iglesia». Estos perfiles también serán profundizados más adelante. Pero también en este caso tenemos la confirmación de la reciprocidad ya mencionada.

Pero el ámbito más vasto que la *Lumen gentium* confía a los laicos es la misión en el mundo: «Los laicos tienen como vocación propia el buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios». En efecto, las cosas temporales coinciden prácticamente con la vida en sus diversas dimensiones. Por eso esta es una tarea de importancia primordial. Además del hecho de ser casi exclusiva.

Antes de adentrarnos en estas grandes articulaciones de la misión laica, se debe precisar que no se improvisa ser *christifidelis laici*. Es necesaria una formación que no esté limitada a los años de la infancia y de la adolescencia que tenga como fin exclusivo los sacramentos de la iniciación cristiana, sino que ha de ser constante a lo largo de toda la vida. Una formación en cuyo centro esté la eucaristía, sobre todo la dominical, «fuente y cumbre de la vida cristiana», como dice otra de las constituciones conciliares, la *Sacrosanctum Concilium*, recordada recientemente por el papa Francisco en la carta apostólica *Desidero desideravi*: «Una celebración que no evangeliza, no es auténtica —ha escrito el papa— como no lo es un anuncio que no lleva al encuentro con el Resucitado en la celebración: ambos, pues, sin el testimonio de la caridad, son como un metal que resuena o un címbalo que aturde».

Aquí podemos encontrar el paradigma de la vida cristiana de los laicos que hemos de destinar a los lugares y según las indicaciones del documento que estamos examinando. En la partición del pan que se realiza en cada misa se da, por un lado, el vínculo imprescindible y misterioso que nos hace miembros de Cristo, y por el otro, la dimensión horizontal, por decirlo de algún modo, de compartir con los hermanos, es decir, todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, también los no creyentes, para dar forma eucarística a nuestras ciudades, nuestras relaciones y a toda la sociedad. «Los sacramentos, y sobre todo la eucaristía, comunican y alimentan la caridad a Dios y a los hombres, que es el alma de todo apostolado», dice la *Lumen gentium* precisamente en un pasaje del capítulo que estamos examinando.

Por consiguiente, si el Concilio pide y promueve la corresponsabilidad de los laicos en la evangelización, no es solo por razones de naturaleza funcional o de eficiencia, ni siquiera por simple suplencia: porque hay menos sacerdotes, religiosos y religiosas, entonces se da paso a los laicos. Esta manera de razonar sería como poco reductora, cuando no totalmente equivocada. La lógica del Concilio es distinta y se dirige hacia el sentido de la perspectiva de la Iglesia comunión.

En otros términos, la evangelización es tarea de todos porque todos los miembros participan de la vida del cuerpo. Los laicos, por lo tanto, no pueden eximirse de este deber en los distintos estados en los que se encuentran. Y no hace falta pensar en empresas extraordinarias e increíbles. Podemos y debemos ser misioneros también en el descansillo de nuestra casa, en nuestros edificios anónimos donde nos encontramos sin ni siquiera hacer el más mínimo gesto de saludar, donde uno puede morir solo en la prisión de la privacidad y ser encontrado meses e incluso años más tarde (desgraciadamente ha pasado, como han mostrado los medios de comunicación). Incluso la evangelización de las ciudades, de las grandes ciudades, donde el tejido de nuestras relaciones humanas se ha deshilvanado gravemente, es una urgencia pastoral que no se puede descuidar más si de verdad queremos ser «peregrinos de esperanza», como reza el lema del Jubileo de 2025.

Ya podemos sacar una primera conclusión que servirá para desarrollar las demás partes del discurso. La actualidad del Con-

cilio Vaticano II y de la *Lumen gentium* en la parte que estamos examinando es dada también por el hecho de que el apostolado de los laicos en la Iglesia y en el mundo no es visto de manera exclusivamente funcional, sino en virtud de una auténtica vocación.

I. LA VOCACIÓN DE LOS LAICOS

Hemos estado acostumbrados durante mucho tiempo a asociar al término de vocación la palabra sacerdocio o la expresión «consagración especial», entendiendo en esta última la elección de la vida religiosa masculina y femenina. En realidad, el Concilio nos enseña que la vocación tiene un significado más amplio y, con las debidas diferencias, afecta a todas las condiciones de vida de los cristianos. Por lo tanto, también los laicos tienen una vocación. Al matrimonio y a la familia, sobre todo, pero más en general a la vida social. Así, mientras los sacerdotes están principalmente destinados al sagrado ministerio y los religiosos dan testimonio de que el mundo puede ser transfigurado gracias el espíritu de las bienaventuranzas, los laicos están llamados (*vocati*) a buscar el reino de Dios, tratando con las cosas temporales y ordenándolas según el querer de Dios mismo.

1. Como la levadura

Podemos imaginar la vocación de los laicos como una especie de levadura que, introducida dentro de la masa del mundo, la hace crecer, desarrollarse e incluso santificarse. Esta levadura, dice el Concilio, está constituida de manera especial por la «irradiación de la fe, la esperanza y la caridad». No es casualidad que se recuerden aquí las tres virtudes teologales como brújulas para guiar el camino y que se recuerden juntas. Porque de algún modo se completan recíprocamente. En efecto, una fe sin caridad (es decir, sin obras), como recuerda Santiago, estaría muerta. Y una caridad sin fe solo sería pura filantropía que, aun siendo meritosa, se basa en el modelo de lo que también hacen varias organizaciones laicas. A su vez, fe y caridad no tendrían piernas si no

hubiera esperanza, que no es simple optimismo, entiéndase bien, sino más bien la certeza de que todas las promesas del Padre son realizadas en Cristo. De la que no podemos prescindir ni en las pequeñas ni en las grandes dificultades que encontramos, ni tampoco en las épocas más o menos oscuras que atravesamos.

La vocación de los laicos consiste entonces principalmente en estar en el mundo e iluminarlo en todas sus dimensiones con el testimonio evangélico. Palabra y acción. Diálogo y renuncia. Enseñanza y ejemplos concretos. Ninguna forma está excluida porque el fin es «manifestar a los demás la persona de Cristo».

Naturalmente, esto no excluye la necesidad de una implicación dentro de la Iglesia en colaboración con los pastores y en algunos oficios en los que los laicos podemos ofrecer nuestras propias competencias. Pero el Concilio entrega a cada uno de nosotros un ámbito principal de anuncio y de apostolado que es el de los ambientes de vida frecuentados cotidianamente. Son precisamente las «cosas temporales» de las que se hablaba: familia, trabajo, tiempo libre, afectos, política, economía, cuidado de la creación, los nuevos «continentes» digitales, la marginalidad, las periferias existenciales y geográficas, las relaciones entre los pueblos y las naciones. En definitiva, ningún ámbito de la vida puede ser considerado extraño al anuncio de Jesús. Precisamente porque la Iglesia, como decía Pablo VI, es experta en humanidad, tiene derecho de ciudadanía en las «cosas temporales» o del mundo. Es más, es en esos ámbitos donde los laicos, apropiadamente formados, son los que en primer lugar han de ejercer la tarea de embajadores. En otros términos, son las piernas sobre las cuales se coloca el evangelio, las bocas que lo anuncian, los corazones que lo hacen bullir, los brazos que lo ponen en práctica. Con esfuerzo e imaginación.

Sin embargo, el apostolado de los laicos no ha de ser entendido como algo absolutamente autónomo, sin ningún tipo de relación con los pastores. Es reveladora la imagen del cuerpo al cual hace referencia explícita el Concilio. Los miembros no pueden moverse de manera descoordinada sin causar graves problemas. Del mismo modo, en el cuerpo eclesial, el apostolado de los laicos es participación a todos los efectos en la misión salvífica de la Iglesia. Bautismo, eucaristía, confirmación y formación permanente son los instrumentos que deben permitir a los laicos hacer

presente y activa a la Iglesia en los lugares y en las circunstancias en las que ella solo puede ser sal de la tierra mediante ellos. Tanto a nivel de testimonio personal como de presencia organizada, a través de asociaciones y movimientos eclesiales de cuyo verdadero florecimiento hemos sido testigos tras el Concilio.

2. El apostolado de los laicos en el mundo

Estamos en el corazón de nuestro discurso. También porque el camino realizado desde ese 21 de diciembre de 1964 hasta hoy ha sido realmente considerable. Las páginas del magisterio conciliar sobre el apostolado de los laicos son las que más fecundamente se han aplicado en las Iglesias locales y a nivel de Iglesia universal. El mismo apostolado se ha expresado en un caleidoscopio de formas que han abrazado realmente todos los campos de la existencia humana. Resulta imposible hacer un elenco completo, pero se pueden delinear algunas grandes líneas, no sin haber recordado que no fue casual la institución por parte de san Pablo VI del Consejo de los Laicos en 1967, convertido luego en 1976 en dicasterio permanente de la curia romana con el nombre de Pontificio Consejo para los Laicos, que hoy confluye en el Dicasterio de Laicos, Familia y Vida, como consecuencia de la reforma propuesta por el papa Francisco y codificada en el *motu proprio Praedicate evangelium*.

El florecimiento de grupos, asociaciones y movimientos da testimonio de la actualidad de las intuiciones conciliares sobre los laicos. Coincidió con la época conciliar y maduró de manera especial durante el largo pontificado de san Juan Pablo II, que los definió muchas veces como una primavera del Espíritu y promovió, especialmente coincidiendo con la solemnidad de Pentecostés, memorables encuentros mundiales de estas expresiones del apostolado de los laicos. Es notable asimismo el hecho de que este florecimiento haya producido carismas en diversas direcciones: de la implicación en la política a la salvaguarda de lo creado; de la evangelización de los «descartados» a la búsqueda de una unidad en Cristo que no excluya a los no católicos ni a los no creyentes; de la promoción de la paz a la formación de

los jóvenes; de la presencia en el mundo de la economía o de las profesiones a la santificación a través del trabajo.

3. El momento de los jóvenes

El segundo gran filón es la relación de la Iglesia con los jóvenes. Se ha dicho y escrito mucho sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud instauradas por Juan Pablo II para traducir el Concilio y anunciar el evangelio también a la generación que había conocido el 68. Pero una nueva relación fue ya iniciada por san Pablo VI, a pesar de las protestas del 68 y el avance del marxismo también en amplios estratos de los grupos juveniles. Durante el Jubileo de 1975 quiso un encuentro dedicado precisamente a los jóvenes de todo el mundo. Es más, se puede decir que los cuatro jubileos de los últimos 50 años (1975 y 2000, los ordinarios; 1983-1984 y 2015-2016, los extraordinarios) diseñaron —en espera del año santo ya inminente— una especie de itinerario para la pastoral juvenil que se convirtió en terreno de apostolado para los jóvenes, con los jóvenes y de los jóvenes a su vez con sus contemporáneos. La idea de una Jornada Mundial de la Juventud nació precisamente al término del jubileo de los jóvenes integrado en el año santo de la redención querido por el papa Wojtyła. El gran éxito del evento, totalmente inesperado, indujo al pontífice a encargar al Pontificio Consejo para los Laicos que continuaran los encuentros. Así empezó esa carrera de relevos de la fe que ha llevado a tres papas —san Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco— a encontrar a millones de jóvenes en grandes ciudades de cuatro continentes. ¿Quién no recuerda el «bullicio» en Tor Vergata (la definición es del papa canonizado) de dos millones de jóvenes de todo el mundo durante el gran jubileo del 2000? ¿Quién puede olvidar el jubileo juvenil en 2016 en Cracovia, precisamente en la ciudad de la que fue obispo Karol Wojtyła durante la vigilia con el papa Francisco?

Roma 1975, Roma 1984, Roma 2000 y Cracovia 2016. Este es el sendero jubilar que ahora pide ser continuado y que ha invertido esencialmente cada evidencia sobre la relación entre los

jóvenes y la Iglesia. De la incomunicabilidad o del rechazo (ya hemos recordado el eslogan de moda en los años 70: «Cristo sí, la Iglesia no») a la amistad, hasta llegar a un verdadero y propio encargo misionero. Muchos jóvenes de esa generación reunida por primera vez por san Juan Pablo II se han hechos adultos en la fe y protagonistas del apostolado de los laicos en los diversos ámbitos. Y muchos jóvenes se han hecho misioneros para sus coetáneos con un efecto de contagio que se ha convertido en auténtica misión: Iglesia en salida. Sin olvidar por último quienes han descubierto durante la JMJ su vocación sacerdotal y religiosa. De nuevo, vemos representada en forma plástica la actualidad del Concilio y su fecundidad permanente.

4. En las fronteras de la caridad

Pero el Concilio ha estimulado también la presencia de los laicos católicos en las múltiples fronteras de la caridad. Baste con pensar en el nacimiento de las Cáritas locales y diocesanas, la Cáritas internacional, o la difusión de un voluntariado activo a varios niveles, incluido el de la cooperación al desarrollo. Hablando de caridad no podemos olvidarnos la forma de caridad que el papa Montini calificaba como «la más alta»: la política, con sus anexos y conexiones de tipo económico y social. Todo este compromiso ha ido de la mano con el desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, estimulado por el magisterio de los pontífices que se ha encarnado sobre todo en varias importantes encíclicas. Podríamos hablar incluso de una verdadera y propia combinación entre los documentos sociales y el compromiso de los laicos en las *res novae*, como las llamó León XIII a finales del siglo XIX, o «cosas temporales», como las define la *Lumen gentium*. Por eso no resulta inútil examinar todo más a fondo.

Por ejemplo, en los años 60, los argumentos principales son la paz y su interacción en el desarrollo humano. Y si la *Pacem in terris* de san Juan XXIII muestra una perspectiva casi revolucionaria para una época totalmente dominada por la confrontación entre Este y Oeste y por la guerra fría (que corrió el riesgo de convertirse en calentísima, incluso nuclear, como consecuencia

del conflicto de los misiles rusos en Cuba), la *Populorum progressio* de san Pablo VI ensanchó el estrecho sendero de la paz, recordando a todos que los conflictos nacen también de los desequilibrios económicos inducidos por la explotación de pueblos y regiones enteras. Hay quien ve una profecía en esas dos encíclicas, a la luz de la crónica de nuestro tiempo y de las enseñanzas del papa Francisco.

Descontando algunas huidas hacia delante y alguna tergiversación del auténtico espíritu de renovación conciliar (como por ejemplo las protestas que también penetraron como «humo de Satanás» dentro de la Iglesia y el áspero debate sobre la *Humanae vitae* de san Pablo VI), el protagonismo de los laicos conoció una primera época unificadora gracias al rechazo a la guerra como instrumento de resolución de las controversias internacionales y a la difusión de una mentalidad cada vez más inspirada en la paz y el diálogo. De esta mentalidad que atraviesa también gran parte de los años 70, cuando llega a su culmen la tragedia de la guerra del Vietnam, se hizo portavoz Pablo VI cuando, en su discurso ante la asamblea general de las Naciones Unidas, pronunció su famoso: «No más guerra, nunca más guerra».

Con los ojos de la fe, hoy podemos decir que las instancias de entonces eran un modo para la Providencia de preparar el camino a la llegada de un papa como san Juan Pablo II que abrió nuevas perspectivas para el apostolado de los laicos, tanto a través de sus encíclicas sociales (*Sollicitudo rei socialis*, *Laborem exercens* y *Centesimus annus*), como, sobre todo, con un sínodo y una exhortación apostólica (*Christifideles laici*) dedicados al tema del apostolado de los laicos.

Entretanto, en la parte final de los años 70 y en todo el decenio de los 80, se manifiestan otras problemáticas que llevan a una maduración en la confrontación entre el Este y el Oeste que provocará la caída del muro de Berlín y el fin del comunismo y de la Unión Soviética. Por ejemplo, se pone en primer plano el tema del trabajo, cuyo tradicional planteamiento prometeico propuesto por el marxismo (el trabajo visto como condena y explotación, con la consecuencia del recurso a la lucha de clases que, en algunos momentos, como en el caso italiano de los años 70, se convierte en una verdadera lucha armada) tumba el papa Wojtyła

al proponer su visión cristiana como participación en la creación. El pontífice subraya que el trabajo es para el hombre y no al revés y es elemento constitutivo de su dignidad. Es una revolución copernicana que se pone al lado de la del trabajo como instrumento de santificación de san Josemaría Escrivá de Balaguer, beatificado y canonizado por el papa Wojtyła.

Son principios de importancia fundamental, que orientarán el esfuerzo laical también en la siguiente época de la globalización, marcada por los fenómenos de explotación de la mano de obra a bajo coste en los países en vías de desarrollo con el correspondiente desempleo creciente en los países ricos a causa de la deslocalización de muchas actividades de producción.

II. LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA *CHRISTIFIDELES LAICI*

En este escenario complicado llega el 30 de diciembre de 1988 la exhortación apostólica *Christifideles laici*. No es solo el documento que retoma todo lo tratado en el Sínodo de los Obispos de 1987 que tuvo como tema: «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo». Es también y, sobre todo, un balance a distancia de los primeros veinte años de lo que el Concilio había realizado y suscitado en el apostolado de los laicos. Todavía hoy se puede decir que la exhortación apostólica escrita por san Juan Pablo II constituye un punto de referencia fundamental en todo lo que respecta a la vocación de los fieles laicos, su comunión y su participación en la vida y la misión de la Iglesia, también porque la *Christifideles laici* ratifica su dignidad, su responsabilidad y su participación en la misión salvífica de Cristo, en la óptica de la Iglesia como misterio de comunión misionera.

1. Síntesis entre evangelio y vida

El texto se engarza como una joya preciosa en el pontificado de san Juan Pablo II. El antiguo arzobispo de Cracovia pudo ser definido como el «papa de los laicos» por excelencia, no solo por

el gran espacio que tuvieron los movimientos laicales en su magisterio, sino también y, sobre todo, por la confianza demostrada en la capacidad evangelizadora del laicado. Basta con releer también con este enfoque las palabras programáticas de su servicio petrino:

¡No tengáis miedo! ¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Solo él lo conoce!

Aquí están diseñados todos los ámbitos del apostolado, esas «cosas temporales» —política, economía, cultura, desarrollo— ya recordadas varias veces. Y no es casualidad que estas frases aparezcan también citadas en la *Christifideles laici*, en el párrafo dedicado a la nueva evangelización. Como tampoco que la exhortación apostólica añada, justo después de referirlas:

Abrir de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el ámbito de la propia humanidad no es en absoluto una amenaza para el hombre, sino que es, más bien, el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en su entera verdad y exaltarlo en sus valores. La síntesis vital entre el evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio.

Síntesis vital entre evangelio y vida. Esta es la brújula que san Juan Pablo II indica en su documento y que es una directa emanación del Concilio Vaticano II. Siguiendo esa brújula, *Christifideles laici* presenta un reepílogo orgánico de las enseñanzas sobre los laicos en el propio Concilio, recuerda los desarrollos posteriores al periodo de la asamblea conciliar, aborda el tema de la presencia y del significado de los movimientos eclesiales y efectúa el discernimiento necesario de las experiencias del laicado en el primer periodo posconciliar. Aporta nuevas directrices con el objetivo de «suscitar y alimentar una más decidida toma de conciencia del don y de la responsabilidad que todos los fieles laicos [...] tienen en la comunión y en la misión de la Iglesia».

Se parte de un horizonte muy amplio. El *incipit* del documento recuerda la parábola evangélica de la llamada por parte del Señor a trabajar en su viña. El relato se encuentra en el inicio del capítulo 20 de Mateo y comienza así: «El reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña». La viña es todo el mundo, escribe san Juan Pablo II, y los obreros son la multitud de personas, hombres y mujeres, que son llamadas por Dios y enviadas a trabajar en ella. Entre ellas, los fieles laicos son numéricamente hablando la gran mayoría del pueblo de Dios y tienen plena dignidad. Los de la primera hora, también los de las horas intermedias e incluso los obreros de las últimas horas. El mandato misionero del Concilio es repetido aquí de manera plena y de forma todavía más convincente.

Pero no es ingenuo el optimismo del papa polaco y del sínodo de obispos cuyas conclusiones resume en su exhortación apostólica. El balance pone de manifiesto las luces, pero sin esconder las sombras. Por ejemplo, pone de relieve el hecho de que el camino posconciliar de los fieles laicos no estuvo exento de dificultades ni peligros. En particular, el texto recuerda dos tentaciones a las cuales no siempre han sabido sustraerse: la tentación de prestar un interés muy fuerte en los servicios y tareas eclesiales que le hace a menudo caer en un práctico desinterés por sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; y la tentación de legitimar la indebida separación entre la fe y la vida, entre la acogida del evangelio y la acción concreta en las más variadas realidades temporales y terrenas. Ambas anotaciones son también hoy de gran actualidad. La primera hace referencia a una mentalidad clerical o «de sacristía» que privilegia la autorreferencialidad con respecto al dinamismo de una Iglesia en salida. La segunda nos devuelve de forma dramática la imagen de una «secularización» o —como diría el papa Francisco— una «mundanización» de la fe que (quizá con la justificación del diálogo con el mundo) acaba por rebajarse a graves compromisos con visiones de la vida que son alternativas al cristianismo. Era lo que el teólogo francés Olivier Clément definía como el

peligro que tiene el cristianismo de diluirse en la modernidad (nosotros podríamos añadir en la posmodernidad), perdiendo la esencia de la característica propia de los fieles de Cristo de ser fermento en la masa y sal de la tierra.

Por supuesto, tampoco han faltado los frutos positivos, como recalca san Juan Pablo II. En el posconcilio, los padres sinodales pudieron constatar que el Espíritu seguía rejuveneciendo la Iglesia suscitando nuevas energías de santidad y de participación en muchos fieles laicos. Testimonio de ello es entre otras cosas, el nuevo estilo de colaboración entre sacerdotes, religiosos y fieles laicos; la participación activa en la liturgia, el anuncio de la Palabra de Dios y la catequesis; los múltiples servicios y tareas confiados a los fieles laicos y adoptados por ellos; el lozano aflorar de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y compromiso laicales; la participación más amplia y significativa de las mujeres en el desarrollo de la sociedad y en la vida de la Iglesia. Sobre este tema hemos de recordar otro importante documento de san Juan Pablo II, *Mulieris dignitatem*, que abre la puerta al «genio femenino» también en papeles culminantes en la Iglesia. Una tendencia que será también confirmada por Benedicto XVI y Francisco, que ha confiado tareas de responsabilidad en la curia romana a las mujeres, también laicas, y ha establecido en la *Praedicate evangelium* con la que ha reformado la curia para que también laicos, hombres y mujeres, puedan dirigir algunos dicasterios.

Christifideles laici pasa revista al anuncio del evangelio en los ámbitos del servicio a la persona y la sociedad, la defensa del derecho a la vida y la libertad religiosa. Como es natural, se presta gran atención a la familia, el primer espacio para la implicación social, caridad, alma y sustento de la solidaridad, a la política, ámbito en el lugar todos están llamados a ser destinatarios y protagonistas, a la vida económica y social, con la invitación a poner en el centro al hombre y no el beneficio (un tema que, como veremos, será después desarrollado por Benedicto XVI con *Caritas in veritate* y por el papa Bergoglio con sus encíclicas sociales de las que ha tomado vida el movimiento llamado *Economy of Francesco*). Sin olvidar el tema tan querido por el papa Wojtyła de la evangelización de la cultura y las culturas

del hombre. Con este fin, se ha instalado con justicia una famosa frase suya pronunciada en su discurso en el Congreso nacional del MECC (Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural) el 16 de enero de 1982: «Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida». Lo que abre al apostolado de los laicos otro extensísimo campo de trabajo. Quizá el más influyente y determinante en un cierto sentido. En cualquier caso, se ha de recalcar que la enumeración de estos campos de intervención corresponde perfectamente, ampliándolo y profundizando en él, al esquema ya examinado presente en la declaración programática del «Abrir las puertas a Cristo».

2. La nueva evangelización

En *Christifideles laici*, el discurso inaugurado por el Concilio recibe su desarrollo y su sistematización, entrelazando todo con el tema de la evangelización al que está dedicado el tercer capítulo y que atraviesa todo el pontificado de Karol Wojtyła. La expresión «nueva evangelización» ya fue utilizada por el papa en 1979 durante su primer viaje apostólico a Polonia. El 9 de junio, en el barrio de Nowa Huta, símbolo del comunismo —el mismo en el que, siendo arzobispo de Cracovia, celebró la misa al aire libre en una heladora noche de Navidad porque las autoridades no habían concedido el permiso para construir una iglesia—, se paró ante una cruz que algunos trabajadores habían colocado en el barrio y dijo: «Se ha iniciado una nueva evangelización».

Después de esa primera vez, la expresión será citada en diversos momentos hasta recibir definiciones cada vez más completas y convertirse en un verdadero programa pastoral. Por ejemplo, cuatro años después, en 1983 cuando hablaba a los obispos del CELAM, el Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe reunidos en asamblea, Wojtyła explicó: no se trata «de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión». Y en la IV Conferencia General, celebrada en 1992 en Santo Domingo, volvió al mismo concepto, ahondando en él:

La nueva evangelización no consiste en un «nuevo evangelio» que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura o de nuestro análisis de las necesidades del hombre. Porque no sería «evangelio», sino pura invención humana y no se encontraría la salvación en él. [...] La nueva evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una «riqueza insondable».

La referencia a la nueva evangelización, contenida en la *Christifideles laici* va exactamente en este sentido. Por un lado, el papa subraya que «ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización»; por otro lado, dirige una urgente invitación a los laicos para que sean coprotagonistas, dando así seguimiento a la parte de la *Lumen gentium* en la que se afirma que «los laicos tienen como vocación especial el hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y circunstancias donde ella solo puede llegar a ser la sal de la tierra a través de ellos».

El pensamiento de Juan Pablo II sobre la nueva evangelización parte sobre todo del análisis de la situación:

Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida «como si no hubiera Dios». Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana —aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y ceremoniales— tiende a ser arrancada de cuajo de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir.

Es en sustancia el estilo de vida que condenó en tantas de sus intervenciones el cardenal Joseph Ratzinger, que sucedió a

Juan Pablo II en la cátedra de Pedro con el nombre de Benedicto XVI. Recordemos por ejemplo un pasaje de la *Missa pro eligendo pontifice* presidida por él como cardenal decano tras la muerte del papa Wojtyła:

¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento! [...] La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice san Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir a error (cf. Ef 4,14). A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse «llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el hombre verdadero. Él es la medida del verdadero humanismo.

Es exactamente el reto entregado a los laicos por el Concilio y confirmado por la *Christifideles laici*. Un reto que comprende a título pleno las instancias de la llamada bioética, es decir, los aspectos relativos al nacimiento y a la muerte. Para este fin no resulta superfluo recordar que ya a finales del siglo pasado, un arzobispo italiano, Ersilio Tonini, honrado con la púrpura cuando ya era emérito (es decir, había dejado el gobierno de la diócesis de Rávena-Cervia) afirmaba que los parlamentos del 2000 se tendrían que ocupar cada vez más a menudo de esas cuestiones. Sus palabras, como vemos por las noticias, han revelado ser proféticas, sobre todo porque han desvelado otro gran filón de intervención del apostolado de los laicos. Lo que ya fue indicado por san Juan Pablo II en otra de sus encíclicas, *Evangelium vitae*, que por algunas de sus implicaciones puede ser considerada como parte integral de la doctrina social de la Iglesia.

Ya en 1988, Juan Pablo II escribía:

Solo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad». Y añadía: «Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es *que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales* que viven en estos países o naciones.

Los fieles laicos, en virtud de su participación en el oficio profético de Cristo, están ya totalmente involucrados en esta misión de la Iglesia. A ellos les corresponde, de manera particular, dar testimonio —superando ante todo en sí mismos la fractura entre evangelio y vida, como ya se ha recordado— de que la fe es la única respuesta plenamente válida a los problemas y esperanzas que plantea la vida a cada hombre y a cada sociedad.

3. Después del muro y los nuevos desafíos

A principios de los años 90, tras la caída del muro de Berlín y, con él, del comunismo, otros desafíos se perfilan en el horizonte. El papa Wojtyła capta inmediatamente su alcance y publica en 1991 la encíclica *Centessimus annus* con motivo del centenario de la primera encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII. El papa que ha vencido al comunismo y ha recordado su fundamental error antropológico (haber cerrado el cielo sobre la cabeza del hombre reduciéndolo exclusivamente a su dimensión física y terrena), pone ahora en guardia de los peligros del capitalismo desenfrenado que, aun partiendo de presupuestos diametralmente contrarios a los del marxismo, acaba igualmente por «cosificar» a las personas, reduciéndolas sustancialmente a la esclavitud y subyugándolas al dios del dinero. La *Centessimus annus* marca otro hito en el compromiso de los laicos: la evangelización del mundo de la economía. Es un hilo conductor que a partir de los años 90 nos conduce hasta nuestros días, atravesando los últimos tres pontificados.

En efecto, como ya hemos visto, mientras siempre se ha hablado del compromiso de los laicos en la política y en algunos países (como, por ejemplo, en Italia) adoptó también en determinados momentos históricos formas organizadas (un partido y un sindicato únicos de inspiración católica), la atención del magisterio a la economía es una adquisición más reciente. En la *Christifideles laici* se recuerdan los principios de la doctrina social de la Iglesia, el primero de todos es el destino universal de los bienes («los bienes de la tierra se ofrecen, en el designio divino, a todos los hombres y a cada hombre como medio para el desarrollo de una vida auténticamente humana»), pero también se recuerda que la propiedad posee precisamente por ese motivo una intrínseca función social, se pone de nuevo el énfasis en el trabajo y se hace referencia a la ecología con acentos proféticos de los que solo hoy podemos advertir toda su fuerza. Escribía sobre este tema el pontífice:

El hombre tiene en sus manos un don que debe pasar —y, si fuera posible, incluso mejorado— a las futuras generaciones, que también son destinatarias de los dones del Señor. Por eso, dominar lo creado según el mandato acordado al hombre por el Creador no implica evidentemente la «libertad de “usar y abusar”, o de disponer de las cosas como mejor parezca [...] ante la naturaleza visible [...]. Estamos sometidos a las leyes no solo biológicas sino también morales, cuya trasgresión no queda impune. Una justa concepción del desarrollo no puede prescindir de estas consideraciones, relativas al uso de los elementos de la naturaleza, a la renovabilidad de los recursos y a las consecuencias de una industrialización desordenada».

Por lo tanto, también en este sector afirma claramente san Juan Pablo II que «todo este campo viene a formar parte, en modo particular, de la misión de los fieles laicos». Pero no solo. Citando precisamente al Concilio, y de manera especial, la constitución *Gaudium et spes*, añade: «También en la vida económico-social se debe honrar y promover la dignidad de la persona humana, su vocación íntegra y el bien de toda la sociedad. Pues el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social».

La lección de san Juan Pablo II será retomada y profundizada por Benedicto XVI en muchos de sus discursos y, sobre todo,

en la encíclica *Caritas in veritate*, quizá la primera encíclica social dedicada enteramente al tema económico. En las intenciones del papa Ratzinger esta debía publicarse con motivo de los cuarenta años de la *Populorum progressio* de Pablo VI, pero la crisis económica de 2008 llevó a una revisión profunda del texto. Contiene importantes novedades en el campo de la doctrina social de la Iglesia. Benedicto XVI vincula también la acción económica con la ética y afirma sin medias tintas que no se puede dar una economía totalmente desvinculada de la moral: «La economía —defiende el pontífice— tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera, sino de una ética amiga de la persona». La propia centralidad de la persona, afirma, ha de ser el principio que guie tanto las transacciones como los intercambios comerciales, así como también las «iniciativas para el desarrollo» de los pueblos.

Esta centralidad de la ética, también cuando se habla de economía, encuentra uno de sus campos de realización en la llamada *economía del don*, otra de las novedades acogidas por la encíclica y reinterpretadas en clave cristiana. ¿De qué se trata? Habla de ello el tercer capítulo de la encíclica que se abre con un elogio a la experiencia del don, a menudo no reconocida «debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad». La convicción de la autonomía de la economía de las «injerencias de carácter moral —recalca el papa— ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva». El desarrollo, «si quiere ser auténticamente humano», ha de «dar espacio al principio de gratuidad». Esto vale de manera especial para el mercado: «Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca —amonesta—, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica». Insiste en que el mercado «no puede lograrlo por sí mismo, porque no puede producir lo que está fuera de su alcance. Ha de sacar fuerzas morales de otras instancias que sean capaces de generarlas» y no debe considerar a los pobres «como un fardo, sino como una riqueza». El mercado no puede convertirse en «el ámbito donde el más fuerte avasalle al más débil». Y agrega: la lógica mercantil «debe estar ordenada a la consecución del bien común, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política». El papa pre-

cisa que el mercado no es negativo por naturaleza. Por lo tanto, se reprocha al hombre, «a su conciencia moral y a su responsabilidad personal y social». Los «principios tradicionales de la ética social» (transparencia, honestidad y responsabilidad) «no se pueden olvidar o debilitar». Además, se necesitan «leyes justas» por lo que, retomando la *Centessimus annus*, Benedicto XVI indica «la necesidad de un sistema basado en tres instancias»: el mercado, el Estado y la sociedad civil y alienta una «civilización de la economía», así como exhorta al respeto de lo creado.

Sabemos que esta encíclica fue elaborada con la contribución de reputados economistas católicos. Lo que hace ver plásticamente realizado también en el campo económico el compromiso de los laicos en las «cosas temporales» promovido por el Concilio.

III. LA EVANGELIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y EL MEDIO AMBIENTE

1. Economía del descarte

La fecundidad de esta enseñanza será acogida y profundizada por Francisco. Por ejemplo, en un discurso dedicado precisamente al Pontificio Consejo para los Laicos, Benedicto XVI recordaba que la mentalidad de renuncia a lo trascendente, cada vez más extendida en nuestro tiempo, genera una crisis de significado y de valores antes que una crisis económica y social. Francisco retoma y relanza esta idea.

El papa Bergoglio introduce una novedad fundamental en la doctrina social de la Iglesia: la visión unitaria de los problemas, que encuentra en el centro de su encíclica *Laudato si'* (luego ratificada también por la *Fratelli tutti*) su formulación sintética en la expresión «ecología integral». Para entender de qué se trata y cómo impacta esto en el apostolado de los laicos, es necesario recorrer brevemente el pensamiento del papa Francisco. Ya en la homilía de la misa de inauguración de su pontificado el 19 de marzo de 2013, se refirió a san José como ejemplo del hombre-custodio, indicando precisamente en la custodia, es decir en el cuidar, la actitud apropiada de los discípulos de Cristo (por lo

tanto, también de los fieles laicos). Cuidar no solo de la Iglesia (imitando todo lo que hizo el carpintero de Nazaret con María y Jesús), sino también de la familia, de lo creado y, en general, de todos los hermanos, especialmente de los más pobres y desfavorecidos. Cuidar, en definitiva, de la familia humana en su conjunto y de la casa común en la que vivimos. A partir de esta enseñanza, el papa venido del sur del mundo ha ido condenando paulatinamente una serie de comportamientos que contradicen el carácter de ser custodio. El primero de los cuales, la llamada economía del descarte.

Ya en una audiencia general de 2013, el primer año de su pontificado, el papa Francisco advertía:

El peligro es grave porque la causa del problema no es superficial, sino profunda: no es solo una cuestión de economía, sino de ética y de antropología. La Iglesia lo ha subrayado varias veces; y muchos dicen: sí, es justo, es verdad... Pero el sistema sigue como antes, pues lo que domina son las dinámicas de una economía y de unas finanzas carentes de ética. Lo que manda hoy no es el hombre: es el dinero, el dinero; la moneda manda. Y la tarea de custodiar la tierra, Dios nuestro Padre la ha dado no al dinero, sino a nosotros: a los hombres y a las mujeres, ¡nosotros tenemos este deber! En cambio, hombres y mujeres son sacrificados a los ídolos del beneficio y del consumo: es la «cultura del descarte». Si se estropea un *computer* es una tragedia, pero la pobreza, las necesidades, los dramas de tantas personas acaban por entrar en la normalidad. Si una noche de invierno, aquí cerca, en la vía Ottaviano por ejemplo, muere una persona, eso no es noticia. Si en tantas partes del mundo hay niños que no tienen qué comer, eso no es noticia, parece normal. ¡No puede ser así! Con todo, estas cosas entran en la normalidad: que algunas personas sin techo mueren de frío en la calle no es noticia. Al contrario, una bajada de diez puntos en las bolsas de algunas ciudades constituye una tragedia. Alguien que muere no es una noticia, ¡pero si bajan diez puntos las bolsas es una tragedia! Así, las personas son descartadas, como si fueran residuos. Esta «cultura del descarte» tiende a convertirse en mentalidad común, que contagia a todos. La vida humana, la persona, ya no es percibida como valor primario que hay que respetar y tutelar, especialmente si es pobre o discapacitada, si no sirve todavía, como el *nascituro*, o si ya no sirve, como el anciano.

En resumen, el papa Francisco argumenta, escribiéndolo también en el documento programático de su pontificado, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*:

No podemos ignorar que una economía así estructurada mata porque pone en el centro y solo obedece al dinero: cuando la persona no está ya en el centro, cuando el objetivo principal y único es hacer dinero, estamos fuera de la ética y se construyen estructuras de pobreza, esclavitud y descarte.

2. Ecología integral

En la encíclica *Laudato si'*, Francisco expone de manera sistemática su enseñanza y el concepto de la ecología integral:

Cuando se habla de «medio ambiente», se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos compenetrados con ella.

Francisco se mueve esencialmente en la plena conciencia de que todo en el mundo está íntimamente conectado y que la defensa de los ecosistemas, la preservación de la biodiversidad, la conservación de las especies nunca será realmente eficaz si se separan de cuestiones aparentemente distantes como la política o la economía, las migraciones, la urbanística y las relaciones sociales. Hasta la cultura y los comportamientos individuales entran en esta globalización ecológica como está escrito con claridad en la encíclica.

Entendemos la gran novedad de su magisterio. Al principio, el movimiento ecológico surgió para contrarrestar sobre todo específicas derivas contaminantes: el DDT y la dioxina, por ejemplo. Luego, una primera evolución llevó a entender que la acción tenía que ser mucho más sistémica: ríos, lagos, mares, el mismo aire que respiramos, contaminados por el vertido industrial; o también la batalla contra la energía nuclear y sus riesgos (véase

Chernobyl). Pero todo ha de filtrarse a través de una visión que ponía al hombre en el banquillo de los acusados y que, en sus expresiones más radicales, llegaba incluso a anhelar un planeta Tierra dominado por la visión neomalthusiana de la contención de los nacimientos o incluso sin la presencia de las personas. Ante este panorama, Pablo VI introdujo la noción de «ecología humana» que fue retomada por san Juan Pablo II y Benedicto XVI para recordar que un ecologismo de sentido único, dirigido solo a limitar la actividad humana y que olvida el respeto que debe antes de nada el hombre a su propio cuerpo, sería realmente incompleto y por lo tanto potencialmente ineficaz, si no auténticamente dañino. En un cierto sentido, el papa Francisco ha cerrado el círculo. «Su» ecología integral no solo vuelve a entender la salvaguarda de lo creado y la ecología humana, sino que va más allá, poniendo de manifiesto las distintas interacciones entre ciencias exactas, política, economía, cultura, organización social y, en definitiva, visión antropológica. El ejemplo más palmario es la relación entre los cambios climáticos y el aumento de la pobreza. Una relación que en muchos casos es de causa-efecto. Al igual que a su vez algunas mutaciones ecológicas parecen proceder de elecciones opinables de naturaleza económicas. «Las razones por las cuales un lugar se contamina —escribe el papa— exigen un análisis del funcionamiento de la sociedad, de su economía, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad». En otras palabras, «es fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental».

3. *Economy of Francesco*

Si existe entonces una sola crisis que confiere aspectos de naturaleza económica, social, ambiental y política, resulta claro que esta situación ha de ser abordada desde un nuevo enfoque. A partir de este magisterio se puso en marcha un movimiento, sobre todo juvenil, pero con la aportación de importantes eco-

nomistas, denominado *Economy of Francesco*. Otro ejemplo de cómo el magisterio puede activar el apostolado de los laicos.

¿Qué es la «economía de Francisco»? La primera referencia que se hace es a la llamada «economía circular», es decir, a un modelo de producción y consumo que implica compartir, prestar, reutilizar, reparar, reacondicionar y reciclar el mayor tiempo posible materiales y productos. Se extiende así su ciclo de vida, contribuyendo a reducir los residuos al mínimo y conteniendo la que el papa llama «cultura del descarte». En cambio, el modelo tradicional económico lineal está basado en el típico esquema: «extraer, producir, utilizar y tirar». La *Economy of Francesco* es por tanto una economía más solidaria, sostenible e inclusiva.

El papa la explica del siguiente modo: «La tierra nos precede y nos ha sido dada», y esto es un elemento clave en nuestra relación con los bienes de la tierra y, por lo tanto, premisa fundamental para nuestros sistemas económicos. Somos administradores de los bienes, no dueños. A pesar de esto, la economía enferma que mata nace de la suposición de que somos propietarios de lo creado, capaces de disfrutarlo para nuestros intereses y nuestro crecimiento. La pandemia nos ha recordado que hemos sido llamados a custodiar los bienes que lo creado regala a todos; nos recuerda nuestro deber de trabajar y distribuir estos bienes de manera que nadie sea excluido. Por último, nos recuerda también que, inmersos en un mar común, hemos de acoger la exigencia de una nueva fraternidad. Este es un tiempo favorable para sentir de nuevo que necesitamos los unos de los otros, que tenemos una responsabilidad hacia los demás y hacia el mundo. El proyecto es formar nuevas generaciones de economistas y empresarios en el respeto de nuestra interconexión con la tierra y, al mismo tiempo, estimular el compromiso de todos —desde los centros de poder y de estudio a cada ciudadano en particular— a tener comportamientos sostenibles desde el punto de vista ambiental y sobre todo humano, también a la hora de elegir un producto.

Hemos llegado así al término de este rápido y ciertamente no exhaustivo análisis de cómo las enseñanzas conciliares sobre *Christifideles laici* se han desarrollado y siguen haciéndolo según los «signos de los tiempos» para guiar su implicación en las

«cosas temporales». Del Concilio a hoy, como ya hemos visto, este compromiso se ha explicado en varias direcciones. Un signo de la vitalidad y la actualidad del Concilio cuya traducción en las realidades de cada día continuará también en el futuro gracias precisamente a un apostolado de los laicos cada vez más consciente y profundo.

IV. LA IMPLICACIÓN DE LOS LAICOS EN LA IGLESIA

Al mismo paso que la implicación en el mundo, también ha crecido el papel de los laicos dentro de la Iglesia gracias a las intuiciones conciliares. Una premisa: este papel ha de estar exento de cualquier actitud clerical. Por parte de los sacerdotes y por parte de los laicos porque, como recuerda a menudo el papa Francisco, el clericalismo es como el tango: se baila en pareja. Además, es evidente que la implicación dentro de la comunidad eclesial no ha de identificarse con tareas en segundo plano, sino que ha de llevar a la edificación de la comunidad eclesial.

Es sobre todo la *Lumen gentium* (n. 37) la que sale a relucir aquí. Por un lado, es presentada la relación de reciprocidad entre los laicos y la jerarquía (obispos y sacerdotes, sobre todo, pero también, donde sea necesario, religiosos y religiosas). Por el otro, se alude a las tareas que los laicos están llamados a realizar dentro de la Iglesia. En cuanto a la relación, se dice que debe manifestarse «con la libertad y confianza que deben tener los hijos de Dios y hermanos en Cristo». Los laicos están llamados a «acoger con prontitud», con cristiana obediencia «lo que los sagrados pastores, representantes de Cristo, decidan como maestros y jefes en la Iglesia. Tienen que seguir en esto el ejemplo de Cristo». Y se añade asimismo que los laicos han de rezar por los pastores (no es casual que, por ejemplo, el papa Francisco concluya cada discurso con la petición de rezar por él).

Pero, por otra parte, los pastores han de reconocer y promover la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia confiándoles tareas y oficios según las competencias de cada uno y respetando su justa libertad. Por su parte, los laicos tienen el

derecho y el deber de dar a conocer su opinión sobre las cuestiones que afectan al bien de la Iglesia.

Estas afirmaciones han traído mucho fruto en los decenios después del Concilio. La vida de las comunidades eclesiales de todo el mundo se ha servido de la aportación de los laicos en muchos campos: sobre todo, en la catequesis, la liturgia y la caridad. Pero también la actividad cultural de las parroquias y las diócesis, sin contar la aportación en el ámbito administrativo y en la gestión económica de muchas entidades eclesísticas. Generaciones de catequistas han formado y siguen educando en la fe a las nuevas generaciones; expertos músicos animan las celebraciones litúrgicas como instrumentistas, miembros del coro o como directores; habitualmente son laicos los que proclaman las lecturas y leen las intenciones de la oración de los fieles durante la misa, como también los ministros extraordinarios de la eucaristía que llevan cada día el cuerpo de Cristo a los enfermos y a quienes, por su avanzada edad, no pueden ir a la iglesia. Y estos son algunas de las tareas más extendidas. Sin contar el voluntariado en el campo de la caridad activa y de la asistencia a los grupos más desfavorecidos de la población.

De hecho, estos «ministerios» se han difundido tanto que el papa Francisco en dos recientes *motu proprio* (*Spiritus Domini* y *Antiquum ministerium*) ha establecido reglas para los ministerios instituidos de lector, acólito y catequista. Todos conocen esta última figura. Menos conocidas son quizá las otras dos. *Lector* es quien proclama la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica, en primer lugar, en la celebración eucarística; laicos y laicas que pueden tener un papel también en las diversas formas litúrgicas de celebración de la Palabra, la Liturgia de las Horas y las iniciativas del (primer) anuncio. El lector además prepara a la asamblea a escuchar los pasajes de la Biblia, anima momentos de oración y de meditación (*lectio divina*) sobre textos bíblicos y acompaña a los fieles y a los que están buscando un encuentro vivo con la Palabra. *Acólito* es en cambio aquel que sirve en el altar, coordina el servicio de la distribución de la comunión dentro y fuera de la celebración de la eucaristía, en especial a las personas que se ven impedidas para participar físicamente en la celebración. También anima la adoración y las diversas formas del

culto eucarístico. Servicios importantes, por tanto, que hacen que los laicos sean cada vez más protagonistas.

Pero también hay otro campo en el que el apostolado laical se ha desarrollado mucho desde el Concilio hasta nuestros días: los consejos pastorales parroquiales y diocesanos y los consejos para asuntos económicos. En especial, el Consejo Parroquial para Asuntos Económicos (CPAE) es el órgano de colaboración de los fieles con el párroco en la gestión administrativa de la parroquia. El canon 537 del *Código de Derecho Canónico* prescribe: «En toda parroquia ha de haber un consejo de asuntos económicos que se rige, además de por el derecho universal, por las normas que haya establecido el obispo diocesano, y en el cual los fieles, elegidos según esas normas, prestan su ayuda al párroco en la administración de los bienes de la parroquia».

Se trata de una importante adquisición, sobre todo en una materia delicada como es la del dinero, que a menudo puede ser causa de escándalo por una mala gestión. Por lo tanto, los laicos, «en la medida de los conocimientos, de la competencia y del prestigio que posean», pueden y deben ayudar al párroco a gestionar bien la parroquia bajo el aspecto económico-administrativo. Piénsese en cuánto bien puede hacer un parroquiano contable para manejar las cuentas y la caja, o un perito contable con respecto a la declaración de impuestos, un ingeniero o un arquitecto para la manutención ordinaria y extraordinaria de las estructuras parroquiales, o un abogado para todos los aspectos jurídicos. Y esto sucede regularmente en muchas parroquias.

Estas competencias, además de asegurar el respeto de la legalidad a todos los niveles, pueden liberar al párroco de tareas materiales y permitirle dedicarse *toto corde* a los distintos aspectos de la actividad pastoral. Evidentemente, esto no significa que el párroco tenga que estar totalmente excluido de la administración. La última palabra es siempre suya, así como la responsabilidad total como representante legal de la parroquia. Digamos que todo debe ocurrir sin «reservas exclusivas de caza» y con ese espíritu de reciprocidad y colaboración que hemos puesto de manifiesto. Un estilo que vale para todos los aspectos del apostolado de los laicos con respecto a los pastores.

La *Lumen gentium* habla con este fin de «trato familiar» entre los laicos y los pastores. Y dice que de esta familiaridad «se pueden esperar muchos bienes para la Iglesia; actuando así, en los laicos se refuerza el sentido de la propia responsabilidad, se favorece la alegría, y las fuerzas de los laicos se unen más fácilmente a la tarea de los pastores. Estos, ayudados por laicos competentes, pueden juzgar con mayor precisión y capacidad tanto las realidades espirituales como las temporales, de manera que toda la Iglesia, fortalecida por todos sus miembros, realice con mayor eficacia su misión para la vida del mundo».

EPÍLOGO

LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

En definitiva, lo que diseña el Concilio para los laicos es el camino de la santidad. Resulta significativo que justo después del capítulo dedicado a los laicos, la *Lumen gentium* prosiga con el dedicado a la vocación universal a la santidad. Para ratificar que, en la Iglesia fundada en la comunión, todos los cristianos por estar bautizados tienen idéntica dignidad delante del Señor y todos son llamados a ser santos. Pero es bueno recordar que la santidad no es algo que nos procuremos con nuestras cualidades y capacidades. Al contrario, es un don del Señor Jesús que nos consigna y nos reviste de él mismo, haciéndonos como él. Dios ofrece a todos la santidad como don, nadie es excluido. Por eso la santidad no es solo un asunto de sacerdotes, obispos, religiosos. Cada uno, en sus condiciones vitales, puede recibir este don y mostrarse digno de él.

En una de sus catequesis de los miércoles, el papa Francisco hablaba así de la vocación universal a la santidad:

¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un bautizado no casado? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo y ofreciendo el tiempo al servicio de los hermanos. «Pero, padre, yo trabajo en una fábrica; yo trabajo como contable, siempre con los números, y allí no se puede ser santo...».

—«Sí, se puede. Allí donde trabajas, tú puedes ser santo. Dios te da la gracia para llegar a ser santo. Dios se comunica contigo». Siempre, en todo lugar se puede llegar a ser santo, es decir, podemos abrirnos a esta gracia que actúa dentro de nosotros y nos conduce a la santidad. ¿Eres padre o abuelo? Sé santo enseñando con pasión a los hijos o a los nietos a conocer y a seguir a Jesús. Es necesaria mucha paciencia para esto, para ser un buen padre, un buen abuelo, una buena madre, una buena abuela; se necesita mucha paciencia y en esa paciencia está la santidad: ejercitando la paciencia. ¿Eres catequista, educador o voluntario? Sé santo siendo signo visible del amor de Dios y de su presencia junto a nosotros.

Cada estado de vida conduce a la santidad. En casa, por la calle, en el trabajo, en la Iglesia, en cada momento y en el estado de vida de cada uno. El camino hacia la santidad está abierto. Y una brújula importante para no perderlo es para cada laico fiel a Cristo seguir y llevar a la práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Una tarea todavía más urgente cuando nos acercamos al Jubileo de 2025. Un Año Santo es por definición una piedra angular en el camino hacia la santidad que debe vernos a los laicos encaminados a ella como todos los demás.